

LA BUENA NUEVA

REVISTA POPULAR CATÓLICA

RELIGION, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Director: ABDON DE PAZ

Año I.

Madrid 25 Octubre 1873.

Núm. 2.

SUMARIO

Moisés, por D. Abdon de Paz. — Teatro de Shakspeare, por D. Leopoldo Augusto de Cueto. — Las dos ollas, cuento de Lope de Vega. — El campo, por D. Enrique Perez Escribá. — A España me vuelvo, por ***. — Pensamientos. — Miscelánea.

MOISÉS

Profeta, legislador y caudillo, poeta, historiador y geólogo, su nombre resuena como ningún otro en el Antiguo Testamento.

Háse dicho que su sistema penal era por extremo cruel; pero acaso lo fué ménos el de Dracon, dado ochocientos años despues en la culta Grecia, tan riguroso, que no solo se dijo de él que estaba escrito con sangre, sino que su mismo rigor le hizo impracticable? Acaso lo fué ménos el de nuestro *Fuero Juzgo*, promulgado con una posterioridad de veintidos siglos?

En el *Pentateuco* hay leyes propias de un pueblo de hombres, rudas como la época en que fueron dadas; mas hay otras dignas del pueblo santo, en cuyo regazo habia de nacer el Redentor del mundo. Como obra humana cede á las exigencias del tiempo; como obra divina encierra verdades eternas, inmutables, cual su inspirador el Omnipotente.

Para juzgar una ley conviene atender á las costumbres, estado y carácter de la nacion para quien se legisla. Esto supuesto, ¿qué extrañarnos del rigorismo de un Código, encaminado á refrenar á un pueblo como el hebreo, desbordado en sus pasiones, vengativo hasta la temeridad, sensual hasta la barbarie é idólatra hasta el fanatismo? ¿Cómo contener á aquellos hombres, que, apenas apartados de su caudillo, se desprenden de sus zarcillos de oro y de los de sus mujeres, hijas é hijos, pues el uso de los pendientes era comun á ambos sexos en Oriente, funden con ellos un becerro, se postran ante él, y le ofrecen holocaustos, entregándose en torno suyo á los excesos de la danza, la gula y la lujuria, á manera de gentiles? (1) ¿Cómo reprimir á aquellas gentes, que en su última mansion en el desierto, cuando van á tocar con sus plantas la tierra prometida, cuando sus ojos divisan á Jericó y sus oídos se sienten arrullados por el murmurio del Jordán, se juntan crapulosamente con los moabitas y adoran por su

consejo á Beelfegor, ídolo del sensualismo? (2) ¿Cómo refrenar á aquellas tribus, capaces de llevar á cabo crímenes tan inauditos como el de los benjamitas de Gabaa (3), á aquella generacion, consumida á causa de sus vicios por el sinnúmero de enfermedades de que nos habian los textos santos? (4) Con un pueblo que obraba de tal modo, que olvidaba sus deberes naturales y civiles, que desoía la voz de su Dios y de sus magistrados, qué hacer? Moralizarle á todas horas y castigarle de cuando en cuando con penas correspondientes á la enormidad de sus delitos.

No sabiendo la impiedad cómo combatir á Moisés, cómo derribar esta gran columna del templo de nuestras creencias, ha supuesto que los conocimientos, de que tantas pruebas nos legó, habian sido adquiridos durante su permanencia en la corte de los Faraones, tan adelantada en el estudio de las ciencias; argumento baladí, que se desvanece con solo recordar que si el caudillo hebreo «fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios», segun confiesa el mismo evangelista (4), fué en aquello que no se oponía á la religion revelada; en prueba de lo cual podemos aducir el testimonio de un escritor, como ningún otro profundo en el saber oriental, al decir de sus admiradores, y como ningún otro tambien nada sospechoso en el asunto. «Las relaciones de Israel con Egipto, observa Renan (5), de las que acaso resultaron algunas imitaciones puramente materiales, no hicieron sino aumentar su aversion á la idolatría.» Y como si aún estas imitaciones fueran perniciosas, el autor del *Pentateuco* encarga terminantemente á su pueblo «que no siga las costumbres egipcias (6),» y no solo llega á ordenarle el uso de ciertas orlas en la ropa, que le recuerden de continuo su ley (7), adorno en moda todavía en tiempo de Jesucristo (8), sino que sin cesar le repite en tono profético: «Ama á Dios con toda tu alma, grabando

(1) Exodo, XXXII, 1 al 6.

(1) Núm., XV. (2) Jueces, XIX. (3) Levit., XIII, XIV y XV. (4) Hechos de los Apóst., VII, 22. (5) Vida de Jesús, cap. I. (6) Levit., XVIII, 3. (7) Núm., XV, 38 y 40. (8) San Mat., XIV, 36.

sus palabras en tu corazón, instruyendo en ellas á tus hijos y meditándolas cuando estés sentado, cuando camines, al acostarte y al levantarte; tenlas siempre presente ante tus ojos, y escúlpelas en los umbrales y puertas de tu morada... Si tal hicieres, Dios te levantará para sí, según te lo ha jurado, y todas las naciones, al ver que ha sido invocado sobre tí el nombre del Señor, te temerán. Pero si no, serás maldito en la ciudad y en el camino, cuando entres y cuando salgas; el cielo se te volverá de bronce, de hierro la tierra, polvo la lluvia y ceniza el aire; te perseguirán y oprimirán, y no tendrás quien te liberte; tú y tu rey seréis llevados á países extraños y servirás á dioses ajenos, siendo la befa de todos; tus hijos vivirán cautivos; gentes osadas vendrán de lejos como águilas, y no respetarán al anciano, ni se compadecerán del niño, devorarán los frutos de tus campos y derribarán los más altos muros de tus ciudades y fortalezas; en navíos serás trasladado á Egipto, donde te venderán como esclavo y no habrá quien te compre; y, esparcido de este modo, pobre, miserable, enfermo, cada vez ménos numeroso, sentirás el corazón apocado, el alma triste y los ojos desfallecidos, hasta que por completo seas exterminado de la tierra (1)."

El afán constante del santo legislador era librar á los israelitas del politeísmo y artes mágicas, de que tan contaminado se hallaba el Oriente. Por eso, aparte la del sábado, establecida directamente por el mismo Hacedor el sétimo día de la Creación, les instituye aquellas tres grandes festividades: la de los ácidos ó Primera Pascua (2), el mes de las nuevas mieses, con que comenzaba el año sagrado, correspondiente á la luna de *Nisan*, marzo, en reconocimiento al Dios que había roto las cadenas de su esclavitud en Egipto; la de la siega ó Pentecostés (3), trascurridos cincuenta días, en holocausto al Dios que les había promulgado su ley en el Sinaí; y la de la recolección de los frutos, ó sea la de los Tabernáculos (4), el primer mes del año civil, que correspondía á la luna de *Thisri*, setiembre, en agradecimiento al Dios que tan visiblemente les había protegido durante su larga peregrinación por el desierto. Por eso no solo les prohíbe toda clase de relaciones, hasta el matrimonio, con el idólatra y el agorero, sino que impone á estos pena de muerte, de igual modo que á los parricidas, adúlteros, incestuosos, sodomitas y dados á la bestialidad. Tan inexorable se mostraba en este punto, que cuando se trataba de alguna ciudad que había excitado á Israel al olvido de su religión, no había piedad para nadie, salvándose solo el que conservaba pura la fe, como más adelante aconteció en Jericó con una persona como

la prostituta Raháb (1). Pero, como si le doliera en lo más profundo de su corazón la severidad de tales castigos, exclamaba invocando el nombre del Omnipotente: «No vivais según las leyes de las naciones que he de arrojar de delante de vosotros, porque hicieron estas cosas y las abominé. Sed santos, porque yo lo soy y os he separado de los demás pueblos para que seáis míos (2).» ¿Puede ofrecerse nada tan conmovedor y expresivo?

Como se ve, la descendencia de Isaac tuvo desde su niñez una teología nacional. Su religión, como su poesía, mostróse del todo unida á su existencia. Sus himnos sagrados se cantaron en sus fiestas más populares. El ciudadano se confundió con el creyente. Y su fe no fué solo la preferida, sino la exclusiva, apareciendo á sus ojos como una abominación los errores extranjeros. En esta intransigencia, predicada por los profetas, sellada con la sangre de los mártires, no solo habían de cifrarse sus caídas y renacimientos, sino que se habían de embotar las espadas de los primeros con quistadores, desde Salomón hasta Nabucodonosor, desde Alejandro hasta Pompeyo. ¿Qué extraño que á la manera que á un árbol recién plantado se le resguarda cuidadosamente para que nada ni nadie le moleste, impidiendo su desarrollo, se procurara resguardar la naciente religión del contacto de sus mortales enemigos? Día llegaría en que, crecido y vigoroso el arbusto, desafiaría el furor de las tempestades.

En un principio Moisés, solo, sentado delante de Israel, le gobernaba y juzgaba; pero, siendo este trabajo de suyo insoportable, asoció á sí «hombres de valor, temerosos de Dios, amantes de la verdad y enemigos de la avaricia, llamados tribunos (príncipes de mil), centuriones (de ciento) y caporales (de cincuenta y diez individuos), los cuales juzgaban de las cosas fáciles, dando cuenta á su jefe de las graves (3).» Más adelante, el caudillo hebreo congregó hasta setenta ancianos (4), á cuyo frente estaba él, Consejo en el que residía la soberana autoridad de la gobernación y que luego tomó el nombre de *Sanhedrin*.

Organizado así el poder gubernativo-judicial, Moisés principia por ordenar á los magistrados «que no se dejen llevar de la muchedumbre para hacer mal, ni en juicio se desvien de la verdad por seguir el parecer del mayor número (5).» Es decir, que sobre el principio de la soberanía nacional asienta el de la justicia. Y continúa: «No recibirás presentes, que ciegan aún á los avisados y trastornan las palabras del justo (6).» «No castigarás al padre por el hijo, ni á este por aquel, sino á cada uno según su pecado (7).»

(1) *Josué*, vi, 25. (2) *Levit.*, xx, 23 y 26. (3) *Exodo*, xviii, 13 y sig. (4) *Núm.*, xi, 16. (5) *Exodo* xxiii, 2 y 3. (6) *Id.*, *idem*, 8. (7) *Deut.*, xxiv, 16.

(1) *Deut.*, vi, 5 al 9, y xxviii, 15 y sig. (2) *Levit.*, xxxiii, 5 y 6. (3) *Id.*, *idem*, 16. (4) *Id.*, *idem*, 34 y 36.

Dejemos de examinar si en leyes como aquella de «Ojo por ojo y diente por diente (1),» de origen antiquísimo, había ó no mucha parte hiperbólica, propia del hebreo. Supongamos que el castigo se aplicaba prácticamente al pie de la letra. ¿Acaso era una regla para uso de los fieles ó de los magistrados? ¿Podía ejecutarse aquel, ni ningún otro artículo del Código, sin que precediera la sentencia del jurado? ¿No tenían los jueces que atenerse á la humanitaria prueba, sin ejemplar anterior á ella, que decía: «No valdrá un testigo contra otro, sea el que fuere el delito ó maldad, sino que todo se decidirá por el dicho de dos ó tres testigos (2).»

Y aun probado el delito y sentenciado el reo, Moisés no abandona á este, como no abandona jamás al desvalido.

Establece la pena de azotes, cuya tasa había de guardar relacion con la medida del pecado; «pero á condicion, dice el texto, de que aquellos no pasen de cuarenta, para que tu hermano no se vaya feamente maltratado delante de tus ojos (3).»

No era reo el que hería ó mataba á un ladrón, sorprendido *in fraganti* y de noche; «mas si le hería ó mataba *salido el sol*, era considerado como homicida (4).» De suerte que la ley mosaica descendía hasta garantizar los derechos del criminal, que no por serlo pierde su condicion de hombre. ¿No es esta hoy en día la tendencia de las legislaciones más democráticas, desde la norteamericana á la suiza?

El homicida voluntario era castigado con pena de muerte; pero al que cometía homicidio casual «se le señalaba, á fin de que pudiera librarse de la ira de los parientes del difunto, una de las seis ciudades levíticas, asilo de los fugitivos, de la una parte del Jordan, al oriente de Jericó, Bosor, Ramoth y Golan, y de la otra parte, Hebron, Sichen y Cades (5).» ¿Qué nación rinde en la actualidad culto semejante á la seguridad individual y á la justicia?

Mientras en el resto del mundo estaba hasta deificada la prostitucion, el autor del *Pentateuco*, no satisfecho con haber considerado á la mujer como «compañera del hombre,» como «una ayuda semejante á él,» como «hueso de sus huesos y carne de su carne (6),» ampara su inocencia con el escudo de la ley. «Si alguno engañare con promesas y halagos á una doncella, la dotará y la tomará por esposa (7).» «Si la forzare, despues de dar al padre de la moza 50 siclos de plata (unas 100 pesetas), se casará con ella y no la podrá repudiar en todos los dias de su vida (8).» ¿Qué extraño que, dignificada de tal suerte

nuestra bella mitad, ofreciera tipos como Débora, capaces no solo de reanimar con sus cánticos el sentimiento nacional y religioso, sino de gobernar al pueblo por espacio de cuarenta años?

Algunos judíos se vendían por pobreza á sí mismos ó á sus hijos; otros eran vendidos cuando no podían resarcir el hurto, que se les había probado. Aquellos y estos eran siervos; pero el que los compraba solo podía utilizarlos seis años, debiendo manumitirlos en el sétimo «con el vestido y la mujer con que entraron (1).» Además, contra la ira del amo se establecía que «la sola pérdida de un diente, llevaba consigo la libertad del siervo» (2), ora indígena, ora extranjero, «á ninguno de los cuales debía oprimírsele, sino tratarle como jornalero ó colono (3),» y hasta darle asiento en los banquetes más principales (4). ¿Qué pueblo presentó jamás, no ya en aquella época, sino en nuestro siglo, servidumbre tan en armonía con los eternos principios de la moral y del derecho?

¡Maravilloso legislador aquel, cuyo Dios «hacía justicia al huérfano y á la viuda (5)» y cuyo decálogo era: «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; santifica el día del descanso; honra á tu padre y á tu madre; no matarás; no fornicarás; no hurtarás; no dirás contra tu prójimo falso testimonio; no codiciarás su casa, ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de las que son de él (6).» De donde nacían principios como estos: «Derramada será la sangre de todo el que derramare sangre humana, porque á imagen de Dios fue hecho el hombre (7).» «Amad á los extranjeros, porque también fuisteis vosotros extranjeros en tierra de Egipto (8).» «Cuando te acerques á conquistar una poblacion, ofrécela primero la paz (9).» «No talaréis los campos, ni cortareis los árboles frutales de las ciudades sitiadas (10).» «Si tu hermano viniere á ménos y á ser débil de fuerzas, no le des tú dinero á usura, ni le exijas mayor cantidad de los granos que le prestes (11).» «No detengas un solo día en tu poder el salario de tu jornalero (12).» «Cuando reclamares de tu prójimo alguna cosa que te deba, no entrarás en su casa para tomarle prenda, sino que te estarás fuera, y él te dará lo que tuviere (inviolabilidad del domicilio); mas si fuera pobre no pernoctará contigo la prenda, sino que se la devolverás ántes de que se ponga el sol, para que durmiendo en su ropa te bendiga y tengas mérito delante del Señor tu Dios (13).» «Si vieras el asno del que te aborrece caído debajo de la carga, en lugar de pasar de

(1) *Exodo*, XXI, 24. (2) *Deut.*, XIX, 15. (3) *Id.*, XXV, 2 y 3. (4) *Exodo*, XXII, 2 y 3. (5) *Id.*, XXI, 12 y 13; *Núm.*, XXXV, 6; *Deut.*, IV, 43 y XIX, 2 al 13; y *Josué*, XX, 7. (6) *Gén.*, II, 18, 20 y 22, y III, 12. (7) *Exodo*, XXII, 16. (8) *Deut.*, XXII, 20.

(1) *Exodo*, XXI, 2 y 3. (2) *Id.*, *id.*, 27. (3) *Levit.*, XXV, 39 y 40. (4) *Deut.*, XVI, 11-14. (5) *Deut.*, X, 18. (6) *Exodo*, XX, 7 al 17. (7) *Gén.*, IX, 6. (8) *Exodo*, XXII, 22. (9) *Deut.*, XX, 10. (10) *Id.*, *id.*, 19. (11) *Levit.*, XXV, 35 y 37. (12) *Id.*, XIX, 14. (13) *Deut.*, XXIV, 10 al 13.

largo, ayúdale á que se levante (1).» «No busques la venganza, ni te acuerdes de la injuria de tus conciudadanos; ama á tu prójimo como á tí mismo (2).»

¿Ni qué escritor ha dado á luz páginas tan brillantes como estas de derecho político? «El rey no multiplicará sus caballos, ni tendrá muchas mujeres que le atraigan el corazón, ni sumas inmensas de plata y oro, lo cual regularmente no puede hacerse sin la opresión de los súbditos. Y, después que se sentare en el sólio, escribirá por sí mismo el texto de esta ley en un libro, recibiendo otro ejemplar de los sacerdotes de la tribu de Leví; y lo tendrá consigo; y lo leerá todos los días de su vida para que aprenda á temer á Dios y á guardar sus mandamientos y ceremonias, y para que su corazón no se ensoberbeca sobre sus hermanos, ni se desvíe de la justicia (3).»

Pero donde resaltaba mayormente este espíritu popular, humanitario, era en las inmunidades y franquicias, que llevaba consigo el año sabático, y que convirtieron á la descendencia de Jacob en una nación tan distante del hambre de la mendiguez, como del haito de la opulencia. Moisés, cuyo respeto á la propiedad individual le había impulsado á establecer las reglas más escrupulosas respecto del derecho hereditario, ordenando que cuando un hombre muriese sin hijo, pasase la herencia á su hija, á falta de esta á sus hermanos, en su defecto á los hermanos de su padre, y, si tampoco tuviera tíos paternos, á aquellos que en parentesco le fueran más cercanos (4); escribió los siguientes preceptos en beneficio de las llamadas hoy clases desheredadas: «Seis años sembrarás tu tierra y recogerás sus frutos; mas el séptimo (ó sabático) la dejarás en descanso, y lo que de suyo produjere, mieses, uva, aceituna, será para que coman los pobres de tu pueblo (5).» «Tampoco tendrás derecho de reclamar lo que te adeuden tus conciudadanos y parientes, porque año es este de la remisión del Señor (6).» Inmunidades y franquicias que acrecían sobremanera cada siete semanas de años, ó sea cada cuarenta y nueve años, cuando, para restablecer la igualdad, destruida un tanto por un lado por el trabajo y la economía y por otro por la holganza y la disipación, resonaba en los campos de Israel la bocina del jubileo, «época santa, de alegría general, de remisión de todas las deudas, de libertad para todos los siervos y de reversión de todas las posesiones rústicas al primitivo dueño, ó su familia, que las había vendido durante aquel período, por lo cual variaba su precio en venta, según el tiempo que faltaba para aquella festividad (7).» ¿Qué más podían desear los economistas del

presente siglo? ¿Y habrá quien trate de inhumana y reaccionaria la legislación hebrea? ¿Y habrá quien sostenga que nuestra religión, aún en sus primitivos orígenes, es obstáculo á los problemas verdaderamente sociales que entrañe lo porvenir? Ah! con razón decía el santo israelita: «Ninguna nación puede compararse á nosotros en grandeza, porque Dios está siempre presente á nuestros ruegos. ¿Qué pueblo habrá tan ilustre que tenga ceremonias, administración de justicia y toda clase de leyes como las nuestras? (1).»

Tal fué Moisés. Como geólogo, asentó la ciencia sobre base indestructible. Como historiador, nadie le aventaja en prioridad, ni en pureza de raciocinio. Como poeta, su cántico *Al paso del Mar Rojo* le hará sobrevivir á todas las edades. Como inspirado del cielo, anunció terminantemente, cual nadie anterior á él, la venida de Jesucristo: «El Señor levantará de entre tus hermanos un Profeta, y á él oirás (2).» Como legislador, encerró la humanidad dentro del maravilloso triángulo de las tres grandes unidades, un solo Dios, un solo pueblo y una sola ley. Como caudillo, su figura no puede aparecer más simpática. Liberta á Israel de la tiranía de los Faraones, le conduce durante cuarenta años por los arenales del desierto, le educa, le instruye, y cuando su planta va á pisar aquella tierra de Canaan, tantas veces suspirada y prometida, cuando sus ojos la divisan ya, entona como el cisne su canto de agonía, y, bendiciendo al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, muere en las quebraduras del monte Nebo. ¿Hay nada más sentimental? ¿Hay nada más poético?

ABDON DE PAZ.

TEATRO DE SHAKSPEARE

La primera figura que se presenta, eclipsando á todas las demás, en el teatro inglés, es la de Guillermo Shakspeare. Propiamente hablando, no tiene antecesores ni sucesores. Shakspeare constituye por sí solo un teatro; pero de tal amplitud y grandeza, en cuanto al conocimiento del alma humana, que no ha tenido igual en ninguna nación, ni en ningún tiempo. Aquel genio poderoso no se siente atado por las cadenas de la imitación. Busca en sí propio la fuerza dramática, y la encuentra varia é inagotable, y la emplea con calor y con ímpetu incomparables, sin cuidarse de lo que hicieron griegos y romanos. A un espíritu de observación de extraordinario alcance, á una sensibilidad privilegiada y á un sentimiento poético de primer orden, unía Shakspeare la imaginación más fecunda, más flexible y más universal que ha tenido acaso ser alguno en la tierra. Era su facultad soberana. Todo lo abarcaba aquel ingenio

(1) *Exodo*, XXIII, 5. (2) *Levít.*, XIX, 18. (3) *Deut.*, XVII, 15 al 20. (4) *Núm.*, XXVII, 8 al 11. (5) *Exodo* XXIII, 10 y 11, y *Levít.*, XXV, 5. (6) *Deut.*, XV, 2 y 3. (7) *Levít.*, XXV, 9 y sig.

(1) *Deut.*, IV, 7 y 8. (2) *Idem*, XVIII, 15.

singular. Lo real y lo ideal, lo bueno y lo malo, la risa y el llanto, lo material y lo fantástico, lo positivo y lo abstracto, lo terrestre y lo divino: todo alcanzaba á comprenderlo y á expresarlo. Poseía, cual ningún otro, el secreto de las pasiones humanas, y no se contentaba, como otros poetas esclarecidos, con la impresion superficial y, por decirlo así, poética del movimiento de la vida. Era eminentemente profundo y analítico, y bajaba siempre, para sorprender sus más recónditos impulsos, hasta el fondo del corazón. Reunía y amalgamaba en maravilloso conjunto los grandes instintos del filósofo, del historiador y del poeta.

Le han acusado de dar en sus cuadros sobrado realce á la perversidad humana. El hecho es indudable; pero la acusacion es propia de una critica estéril y apocada. Shakspeare no hace nada á medias. Retrata con pincel vigoroso, así la perversidad como la virtud, porque sus figuras no son copias individuales de la vida comun; son emblemas de los afectos y de las pasiones de los hombres, y estos emblemas deben ser pintados con grandeza, y llegar á las consecuencias extremas de los móviles decisivos de las acciones humanas. En esto coincide Shakspeare, sin saberlo, con el teatro griego, que lo engrandece todo, levantando lo malo y lo bueno á una esfera ideal.

Los crímenes de los personajes de Shakspeare son gigantescos, porque son gigantescas las concepciones de este grande hombre. Shakspeare habia apurado, en vicisitudes desventuradas y humillantes, la hiel de la vida, y propendia, por lo general, á considerar la humanidad bajo un aspecto extremadamente severo y sombrío. Iago y Ricardo III son el ideal de la maldad; pero ¡cuán odiosa la presenta! ¡Cuán distante está Shakspeare, en esta parte, de los escritores modernos; de lord Byron, por ejemplo, que se complace en revestir á don Juan, á Cain, á Sardanápalo y á otros personajes perversos, de cierto barniz de falsa grandeza! Este afán de crear *criminales sublimes*, que por desgracia se encuentra en muchos de nuestros romances vulgares, monstruosas apoteosis de sanguinarios bandoleros, no cabia en el sano entendimiento de Shakspeare. Despedaza á veces, sin miramiento alguno, el alma y los ojos con espectáculos horrendos; pero lo hace buscando en ello la lección moral. Sus delinquentes son lo que deben ser en la escena: verdaderos delinquentes, repugnantes y desalmados. ¿Qué importa que en el teatro despliegue la perversidad todo su poder, y quite la máscara á todos sus secretos, si el poeta logra inspirar con ellos al espectador aversion y espanto? Hasta las mujeres de los dramas de Shakspeare causan indecible horror, cuando las pinta dominadas por abominables instintos. Góneril, Lady Macbeth, Créssida, son cuadros magistrales de femenil depravacion.

Shakspeare no se satisface, como casi todos los escritores dramáticos, con bosquejar los efectos de las malas pasiones: pinta sus vaivenes, su fuerza progresiva, que corroe y tiraniza el corazón, y acaba por presentar sus desastrosos afectos como lógicas consecuencias de los extravíos del alma. Esta es la alta enseñanza moral de la escena, y en ella nadie aventaja al gran dramático inglés.

Cuando, por el contrario, quiere describir el aspecto noble, puro y risueño de la humanidad, ¿quién sabe, como él, pintar tipos de gloria, de virtud y de moral grandeza? Juan de Gaunt es un modelo venerable de la lealtad de un caballero, comparable á los del teatro español, fértil y copioso campo de virtudes caballerescas: Ricardo II, corregido en la amarga escuela del infortunio de sus juveniles extravíos, es uno de los caracteres más nobles y levantados que puede ofrecer la historia de las turbaciones políticas de los Estados. Poseído de la alta idea de que, aun destronado, debe mantener intacta la majestad de los monarcas, ve en su persona, más que un hombre, una institucion sagrada, y este sentimiento infunde en su ánimo una fortaleza sublime, que le impide mancillar en lo más mínimo su augusto é indeleble carácter. Pero la figura de Enrique V. eclipsa, en arrojo, en lealtad y en cortesía, á todas las demás. Es un dechado de monarcas, de adalides y de caballeros.

En los caracteres de mujer llega el genio de Shakspeare á la más alta perfeccion. Este *titán de la tragedia*, como le ha llamado la Alemania moderna; ese escritor, que, sin contemplacion á la parte melindrosa del público, lleva hasta la violencia la pintura del crimen en las almas desenfundadas, retrata á las mujeres inocentes y puras con una verdad y una delicadeza á que no ha llegado ningún otro escritor dramático. No son los *viragos* políticos de Corneille; son mujeres verdaderas, con su embeleso, su irreflexion y sus encendidos afectos. Desdémona, Viola, Ofelia, Miranda, Cordelia, Julieta, Virginia, Imógenes, ¡qué coro de ángeles! Todas estas mujeres son diferentes. Solo se asemejan en el candor, en la fidelidad, en el amor á Dios y á sus deberes, en la nobleza de sus sentimientos, en ese encanto indefinible de la mujer honrada, que Shakspeare sentia con intenso fervor.

El espíritu cristiano y caballeresco de la Edad Media, contrastando en ello abiertamente con la civilizacion pagana, habia idealizado el amor, y convertido este sentimiento en una mezcla de afecto humano y de veneracion divina. Shakspeare vivia en un tiempo en que no se habian entibiado todavia aquellas místicas tendencias, que cuadraban grandemente á la índole genial del poeta. El no aborrecia, como Eurípides, á las mujeres; «El amor es mi único pecado»,

decía donairosamente; y la perfección ideal de aquellas celestiales figuras demuestra que llevaba hasta el éxtasis la delicada ternura y la especie de adoración que les profesaba.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

LAS DOS OLLAS

CUENTO

(Acto III de *El Perro del hortelano*)

Era de barro la una,
la otra de cobre ó hierro,
que un río á los pies de un cerro
llevó con varia fortuna.
Desvióse la de barro
de la de cobre, temiendo
que la quebrase: y yo entiendo
pensamiento tan bizarro
del hombre y de la mujer,
hierro y barro, y no me espanto,
pues acercándose tanto
por fuerza se han de romper.

LOPE DE VEGA.

EL CAMPO

El sol con sus claros rayos
alumbra á la madre tierra,
y su calor vivifica
á la gran naturaleza.
Por el azul firmamento
las nubecillas pasean,
que por lo limpias parecen
de la castidad emblema.
El aura riza los árboles
de la vecina arboleda,
cuyo apacible murmurio
hasta mis oídos llega.
A mis pies lánguido arroyo
entre juncias serpentea.
Mas allá la mariposa
con incierto rumbo vuela,
y con sus alas sutiles
el templado ambiente quiebra.
Oh, cuán hermoso es el campo!
¡Cuán hermosa esta arboleda,
donde sus amores cantan
las avecillas parleras,
sin miedo de que los hombres
sus gemidos escarnezcan!
Aquí se escucha el gorgoeo
de la triste filomena,
el arrullo de la tórtola,
el susurro de la abeja,
el trino del colorín,
el crujir de la hoja seca,
el cantar de los pastores,
el balido de la oveja.
Mas allá... allá en lontananza,
al través de espesa niebla,
distingo las altas torres
de una ciudad opulenta.
Allí los hombres se bañan
en el mar de las miserias,
naufragos de las pasiones,
que engañadoras les cercan.
Oh, cuán hermoso es el campo!

Mas ay! la noche se acerca.
El sol sus lípidos rayos
hunde tras la altiva sierra,
y por el lejano oriente
pardas nubes se despliegan.
Las aves buscan sus nidos
entre la enramada espesa,
y la brisa vespertina
las verdes hojas orea.
Adios, aves! Adios, montes!
Adios, arroyo y pradera!
Mañana vendré á aspirar,
bellas flores, vuestra esencia.
Mas si veis sobre mi frente
las tintas de la tristeza,
no lo extrañéis, bellas flores,
que en esa villa opulenta,
en donde el labio sonríe,
en donde miente la lengua,
cada esperanza perdida
un desengaño nos deja.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

A ESPAÑA ME VUELVO

I.

No sé fijamente el año en que ocurrió la historia que voy á referir; pero ello es que ocurrió y que su recuerdo atormenta aún mi memoria.

II.

Yo estaba cansado de vivir en España.

—Qué escenas tan triviales! decía yo paseando una mañana por la plaza de San Antonio de Cádiz. España es el pueblo más atrasado é inculto que se conoce. Este es el país clásico de los garbanzos, de los toros y de la navaja. En las aldeas el salvajismo, en las grandes capitales mucha brillantez aparente, y luego pobreza suma, el lujo de un cadáver. ¿Dónde hallaría yo las virtudes unidas al saber y á la ilustración? ¿Dónde la moral evangélica? ¿Dónde la igualdad, la santa igualdad? Ah! ¡Cuán to me fastidia vivir en este país de déspotas y cafres!

—Vente conmigo, me replicó un amigo piloto, que había escuchado á mi espalda tan lamentable monólogo.

—Estoy á tus órdenes, le contesté en el acto; pues, á la verdad, no soy de los que reflexionan mucho, apenas se me exalta la imaginación.

—Sígueme de aquí al puerto.

—Adónde quieres llevarme?

—Al país en que has de hallar cuanto apetece tu alma.

Como se dijo se hizo; y, embarcados en un ligero bergantín, divisamos sin el menor contratiempo las playas de mis ensueños.

—Salve! grité entusiasmado, saltando sobre cubierta. ¡Salve, tierra bendita donde la filantropía estableció sus leyes paternales! ¡Tú llenarás el vacío de mi corazón!

Visité con curiosidad las ciudades más populosas, admirando la finura, tolerancia y costumbres, verdaderamente patriarcales que en ellas reinaban.

—Esto es hecho, me dije. Aquí fijo mi residencia. Una bonita hacienda en el campo, luego mi esposa, mis hijos... Vamos, voy á ser un hombre feliz en toda la extension de la palabra.

En efecto, á las orillas de un rio caudaloso, en el sitio más pintoresco de una pequeña aldea, construí una casita, y allí, completamente abstraído, comencé á gozar de las emociones más gratas.

Concluidas al cabo de dos meses mis ocupaciones de instalacion, traté de pagar las visitas que los obsequiosos vecinos me habian hecho; y una tarde, con la escopeta al hombro y seguidode un perro de caza, me encaminé hácia la habitacion de mister Ricardo, que vivia de allí á media legua.

Costeaba el rio poco á poco, gozándome en la contemplacion de oscuras y enmarañadas selvas, donde apenas habia penetrado la mano del hombre. Árboles gigantescos impedian casi la entrada del sol; limpidos arroyos serpeaban por tapices de flores y verdura; y numerosas bandadas de pájaros ostentaban su brillanteplumaje, revoloteando cuando no mecándose en las ramas.

No léjos del camino mostrábase un espeso zarzal, en cuyo rededor comenzó á ladrar con ahinco mi perro. Parecióme oír un quejido, que atribuí á ilusion de la fantasía; mas tanto insistió el animal, que cuidadoso me acerqué y aparté el ramaje. Oh! Lo que entónces ví es indescriptible. Pendiente de un alto cedro hallábase colgada una gran jaula de hierro, y dentro una infeliz mujer, una negra, la cual, desnuda del todo, más parecida á un esqueleto que á una criatura viva, exhalaba de cuando en cuando un gemido, tan débil como lastimero. Me aproximé aún más y observé que le habian sacado los ojos y que innumerables insectos la estaban devorando.

—Qué horror! grité. Quién te ha puesto así! Quién eres?

—Por Dios!... Agua!... Hace seis dias... Agua!... Dile mi sombrero lleno; bebió con la mayor ansia; pidióme más; y, mientras yo la recogia del próximo arroyo, acercóse un anciano labriego, que me miró con cierta sonrisa en los labios.

—Muy afanado está usted, amiguito, me dijo.

—No oye usted los lamentos?

—Sí, me replicó con frialdad estóica. Es natural.

—Cómo natural! contesté dando un salto de ira.

—Es un castigo que mister Ricardo impone con frecuencia á sus negros. Usted parece español é ignora sin duda que hay amos tan bárbaros.

—¿Y las autoridades de este país, que invocan á todas horas las palabras de humanidad y libertad, consienten crímenes semejantes?

Sin esperar respuesta, volé á casa de mi despiadado vecino, situada en el centro de un hermoso cafetal.

—Dónde está el amo? interrogué al primero que encontré. Dile que necesito hablarle al instante.

Al cabo de un rato salió aquel fumando reposada y tranquilamente en su larga pipa; y despues de los cumplimientos de etiqueta le manifesté con dulzura lo que habia visto, rogándole librase á su esclava de castigo tan inhumano.

—Juro á usted por mi honor que nada sabia.

—Cómo! ¿A cuatro pasos de distancia está esa infeliz en el estado en que se encuentra, y usted lo ignoraba?

—Esas son cosas peculiares de mi mayoral.

—Pues yo descaria...

—Espere usted. Juan, infórmate de lo ocurrido.

—Señor, entró á poco diciendo el criado, la negra de la jaula es María, muy conocida por su terquedad y desobediencia.

—Sí, ya caigo, vete. A esa muchacha se le ha tratado aquí cual si fuese una hija de la casa; pero ya se vé, es una altanera, una holgazana, que solo piensa en sus hijos y en no trabajar. ¿Qué habia de suceder? Habrá dado motivo para que mi mayoral...

—Tiene usted razon, le interrumpí disimulando la cólera de que me hallaba poseído; mas con todo le suplico me entregue á esa esclava, por si puedo curarla, y si lo logro se la pagaré á usted.

—Llévesela usted enhorabuena. Es una linda alhaja.

Volví á la aldea, traje dos de mis criados, y con la mayor solicitud condujimos á la infeliz hasta dejarla acostada en una cómoda y mullida cama. Mas ay! todo fué inútil. El hambre habiala debilitado de tal modo, que el alimento gradual que comenzamos á darle, le hacia más daño que provecho. Entonces, por última merced, me pidió que antes de morir deseara tocar con sus manos á sus queridos hijos. Acercáronse los angelitos, y allí presencié una de esas escenas, que son más para vistas que para referidas. Los niños lloraban amargamente, mientras la madre les decia con voz apagada:

—Hijos de mi alma, todo mi gran crimen ha consistido en quereros mucho. Pretendian que os apartase de mí, que no os estrechase en mis brazos... Ah! Podia yo cumplir una orden tan cruel?

Y dirigiéndose á mí:

—Blanco, usted ha procurado volverme á la vida; pero todo es en vano, todo... Además, ¿para qué quiere vivir una pobre ciega!... Solo siento la muerte por estos pedazos de mi corazon... Ofrézcame usted, ya que es tan bueno, que no los desamparará en su orfandad, pues su amo.... ¿No ha visto usted lo que ha hecho conmigo?

—Muere en paz, noble mártir, le respondí. Tus

hijos son mis hijos. Yo no distingo de colores. Para mí todos los hombres son mis hermanos, porque todos somos uno en Aquel, que murió en una cruz por redimirnos.

—El le pagará á usted tanta piedad... Ay!.. ¡Me faltan las fuerzas!.. ¡Hijos míos, amad siempre mucho... á vuestro bienhechor!.. Yo muero... bendiciéndole... Si... ben... di... to...

Y, sin poder terminar la frase, espiró la desdichada.

—Fuera, fuera de aquí! grité. No quiero vivir entre gentes que, á pesar de sus protestas de filantropía, dan lugar á tan horribles iniquidades. Volvámolos á España. Allí hay vicios, preocupaciones, males sin cuento; pero la ley no tolera bajo ningún pretexto atrocidades semejantes.

III.

Trascurridos bastantes años, un día, no hace mucho, se me ocurrió visitar de nuevo con los hijos de la mártir las orillas del río, en que un tiempo se alzó mi casita de campo. Confieso que me maravilló el progreso de aquellas regiones. Los que ayer eran bosques inaccesibles son hoy ciudades populosas. La agricultura, la industria y el comercio están en un estado por todo extremo floreciente. Gracias á la victoria de Richmond, el esclavo de otras épocas es hoy libre. Pero ay! que aún no se han roto por completo los eslabones de su cadena. Aún subsiste la ley de las castas. El blanco mira en el negro, no á un hermano, sino á un ser inferior, que destina á trabajos serviles y con el cual rehúsa alternar, no ya en el paseo, en el café ó en el teatro, sino hasta en la misma casa de Dios, en el templo, donde se eleva la cruz del Calvario.

Al observar tamaños desafueros, mis ahijados y yo no pudimos menos de exclamar:

—Fuera, fuera de aquí! No queremos vivir entre gentes que, á pesar de sus protestas de filantropía, conservan tales desigualdades. Volvámolos á nuestra querida Península, donde no ya las leyes, sino hasta las costumbres, autorizan que el negro y el blanco pascen juntos, se distraigan juntos y oren al pie de un mismo altar.

En España se invoca menos y se practica más la santa igualdad del Evangelio.

PENSAMIENTOS

No sé por qué se quiere atribuir á los progresos de la filosofía la bella moral de nuestros libros. Esta moral, sacada del Evangelio, era cristiana ántes de filosófica.

J. J. ROUSSEAU.

La cosa más alegre que en la vida permite al ser mortal humana gloria

es la patria del hombre, tan querida despues de alguna próspera victoria.

LOPE DE VEGA.

Singular época la que alcanzamos! Los filósofos quieren suprimir la pena de muerte en el instante mismo en que matan el alma.

ARSENIO HOUSSAYE.

El poder y el amor ciegan:
no hay hombre cuerdo á caballo.

TIRSO DE MOLINA.

La ley del progreso es que los mónstruos desaparezcan ante los ángeles.

VÍCTOR HUGO.

Quién de una malicia huye?

Quién de una sospecha escapa?

Quién de una lengua se libra?

Quién de una intencion se guarda?

CALDERON.

MISCELANEA

Agradecemos á nuestros queridos compañeros en la prensa, tanto de esta capital, como de provincias y extranjero, las frases cariñosas con que han anunciado nuestra aparición en el palenque periodístico. A aquellos de nuestros colegas, que de un modo equivoco nos juzgaron, les diremos que nuestro propósito no es otro que el de coadyuvar al triunfo universal de las verdades eternas, no por los procedimientos de la fuerza, que odiamos con toda nuestra alma, sino por la eficacia de la propaganda y del ejemplo. Esta obra, tan difícil como trascendental, demanda el concurso de todos, sin distinción de clases, opiniones, ni banderías; y en todos confiamos, y de todos esperamos auxilio, en bien de la civilización, en bien de esta patria querida, cuyos males presentes son quizá triste consecuencia de comunes desaciertos.

Un joven concibió la idea de ahogar á su perro. Introducido en una barca, le arrojó á la corriente, y armado de un remo le impedía llegar á la ribera. Mientras se ocupaba en tan cruel acción, pierde el equilibrio y cae al agua, donde seguramente hubiera perecido si el mismo perro, á quien quería ahogar, no le hubiese prestado su socorro, con el que pudo llegar hasta la orilla. ¡Qué contraste!

El Sr. D. Sebastian Arnald nos ha remitido desde Barcelona un ejemplar de su compendio de las Sagradas Escrituras ó *Sumario Bíblico*. Igualmente hemos recibido otro ejemplar de la segunda edición de *La República en España* del Sr. D. José Marin Ordoñez, abogado del Ilustre Colegio de Albacete. Agradecemos su atención á ambos señores, de cuyas obras, á no impedirnoslo la abundancia de original, nos ocuparemos más detenidamente.

Acaba de morir el célebre Doctor Nelaton, habiendo dado pruebas en sus últimos instantes de la rectitud de un alma noble y elevada. Despues de recibir dignamente los sacramentos dijo á los que rodeaban su lecho: — «Hijos míos, seguid siempre el recto camino, la observancia de los mandamientos de Dios. Esto es lo único que puede asegurar la paz del corazón y de la conciencia.» La cristiana muerte del Doctor Nelaton ha venido á probar una vez más que la ciencia y la religion, léjos de excluirse, se armonizan perfectamente.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet (ántes Yedra), 7.